

C108  
1974

# “Se nos ha devuelto el orgullo de ser chilenos”

- El gremialismo busca la despolitización
- Espíritu de servicio público: nuevo cimiento
- 1974: año de sacrificio económico
- Democracias pasan por crisis
- Iglesia: debe ser testimonio de verdad

■ Es abogado desde los 21 años, edad no usual para ya contar con un título profesional. Jaime Guzmán Errázuriz es una figura que impresiona a primera vista no sólo por su sencillez, sino también por la claridad de sus planteamientos y su inteligencia. Sus argumentos contundentes impactaron a los televidentes durante su participación en el régimen marxista en el programa de Canal 13 “A esta hora se improvisa”.

A los cuatro años ya estaba aprendiendo a leer y escribir, y a los seis años cuando debió iniciar sus preparatorias —al dar examen de admisión en los Padres Franciscanos— quedó de inmediato matriculado como alumno regular de tercera preparatoria. Egresó como licenciado en Humanidades a los 16 años.

En 1968 entró como ayudante de la Cátedra de Derecho Constitucional de la Universidad Católica, pasando en 1971 a ser profesor. Desde que ingresó a la Universidad —cuenta— le atrajo el Derecho Público, por su mayor vinculación con la política, con la estructura de Estado.

Conversando en su escritorio del sencillo departamento que habita, ubicado en Galvarino Gallardo, señala que el Derecho Constitucional representa los problemas más agudos de la humanidad. No le gusta ejercer la profesión de abogado, y desde que ingresó a la Universidad ya tenía la convicción de que nunca lo haría, ya que le apasionan las funciones docentes. Su tiempo lo divide entre la docencia y su participación activa en la comisión redactora de la nueva Constitución Política.

“La Segunda” quiso conocer su pensamiento frente a distintos temas de interés general. Sus respuestas a las interrogantes planteadas fueron éstas:

P.— Ud. a través de su participación en el programa de Canal 13 “A esta hora se improvisa”, llegó a interpretar a centenares de televidentes que se sintieron identificados con sus respuestas claras y lógicas, que siempre desarmaron al adversario de la UP. ¿Podría recordar esa época y contar algunos anécdotos o hechos que le impactaron?

R.— El programa “A esta hora se improvisa”, tenía el mérito de ser un reflejo muy exacto de lo que estaba pasando en el país y de alguna manera identificaba a las personas que estaban escuchando el programa con los distintos puntos de vista que ahí se estaban sustentando porque correspondían a los problemas reales que ellos estaban viviendo. Ahora yo creo que lo fundamental en la televisión, y en cualquier medio de comunicación, es tratar de expresarse en la forma más directa, más sincera posible. De modo que el auditor tenga la convicción de que uno está diciendo lo que piensa y lo que siente, y que está analizando el problema con independencia y objetividad.

En este sentido, lo que a mí más me ha chocado siempre en la mayoría de los políticos es esta especie de doble personalidad, una en público y otra en privado. Cuando actúan frente al público están jugando un papel, como si se tratara de una obra de teatro, y opinan forzados por tener que darle o encontrarle la razón a una determinada corriente, a un determinado partido, a un determinado conjunto de personas, sin analizar el problema con independencia.

En el fondo, lo mismo que se critica en los adversarios se defiende si lo ha-

ce un partidario, y esto para mí es la esencia de la inmoralidad en materia política.

Creo que esta inmoralidad política llegó a dominar en el ambiente nacional de una manera muy fuerte. Esto también ocurría en la televisión, donde era muy frecuente que los representantes, especialmente de la UP y en particular de los PC, que a mí me tocó enfrentar, tenían en la televisión una actitud muchas veces de ataque personal, de falsedad, de bajeza y a la salida del programa, daban toda clase de explicaciones y pretendían entablar una relación cordial y amistosa. Yo recuerdo que a uno de ellos le dije en una oportunidad que esta manera de ser no se avenía con mi personalidad ni con mis principios, porque yo creía que se debía tener y mantener la misma actitud en la televisión, frente al público, y fuera de la televisión o en privado. Le agregué que yo nunca lo había atacado, ni los atacaría personalmente, o en forma baja, en la televisión; sino que los combatía con la mayor elevación posible, aunque con toda la firmeza que fuera necesario, y que esa misma actitud mantendría afuera del programa, una actitud deferente, elevada, pero intransigente y categórica frente a los principios.

Es efectivo, que la gente pregunta mucho. ¿Cómo era la cosa después del programa? Para mí, después del programa, era igual que antes del programa y que durante él. Para mí la acción de una persona en el campo público debe ser exactamente igual que en el terreno privado. Lo que una persona dice

cuando está en público, debe ser congruente con lo que se dice cuando está en privado, porque es lo único —a mi juicio— que engendra respetabilidad. La idea de una doble personalidad o conducta me parece repugnante.

### INSULTOS

P.— Ud. se refirió a que la actuación pública no debe ser una obra de teatro. ¿Ud. constató este hecho en el campo político?

R.— Evidente. A mí me tocó observar cómo por ejemplo, gente que se insultaba en los foros, a la salida se abrazaban. Esto se observaba en todos los sectores con contadas excepciones personales, ya que la corrupción del ambiente político en mayor o menor grado, alcanzó a todos los sectores. Es así como se criticaba algo, pero al poco tiempo resulta que lo mismo lo hacía el sector al cual pertenecía la persona que lo había impugnado, y entonces ya automáticamente pasaba a ser bueno. Esto es lo que yo he visto desde muy joven en los pocos años que tuve contacto con el ambiente político y que creo que ese fue uno de los signos de la decadencia que nos llevó a la corrupción y al término del sistema que estábamos viviendo, y que para mí era la esencia de la falta de seriedad.

P.— ¿Le hacían bromas o críticas por su actitud en dicho programa?

R.— No, porque yo, trataba de actuar con la mayor lealtad. Creo en el respeto, en la deferencia, en lo posible, en la cordialidad, siempre que la persona sea digna de ella. Pero la verdad debe estar sobre todo. Por ejemplo, Soy un gran admirador del diario “La Segunda”, pero cuando a veces se trataba de una publicación de ese diario con la cual yo no estaba de acuerdo, lo decía abiertamente. Yo no sentía que tuviera que defender una actitud porque era la de La Segunda. Lo que me interesaba era definir, según mi entender, si lo que se analizaba estaba bien o estaba mal; de acuerdo con mis principios.

P.— ¿La gente lo detenía en la calle en esa época para felicitarle por su intervención? ¿Le llamaban por teléfono?

R.— Muchas personas me llamaban y saludaban. La gente siempre fue muy afectuosa y sigue siéndolo. En ese sentido, el impacto que produjeron esos años todavía no se ha apagado.

### NO AMENAZAS

P.— ¿Recibió Ud. amenazas en esa época?

R.— No, ninguna. Yo no recibí jamás una amenaza y prácticamente nunca un

insulto. En realidad hoy día está muy de moda decir que uno recibía toda clase de amenazas y vanagloriarse incluso de eso, como igualmente de haber pasado una gran cantidad de peligros. Bueno, yo tengo que decir las cosas como son: no recibí jamás una amenaza y casi nunca insulto.

### GREMIALISMO

P.— Ud. es uno de los fundadores del gremialismo. A su juicio, ¿Qué proyecciones futuras tiene el gremialismo en nuestro país?

R.— Yo creo que el gremialismo tiene siempre un papel en la medida en que sea sano. Puede convertirse en un conducto importante de aporte técnico para los gobernantes. En realidad, yo no creo que los gremios estén en condiciones de gobernar un país, ni decidir los destinos de él, porque representan intereses y puntos de vista particulares, y por definición el Gobierno, la determinación de la conducción de un país, debe ser tomada desde el punto de vista del interés general. Pero lo que sí creo es que las organizaciones gremiales pueden convertirse —en forma muy fructífera— en entidades técnicas, especializadas en su materia, y ofrecer así un aporte a los gobernantes. A su vez, si éstos son serios e inspirados en propósitos de integración nacional y de progreso, necesariamente sabrán valorar lo que significa esta contribución desde el punto de vista técnico.

Por otro lado, creo que el gremialismo tiene también una misión muy importante como expresión de la participación social y ciudadana, porque es el vehículo a través del cual la ciudadanía puede reflejar con mayor fidelidad sus inquietudes, sus problemas, sus anhelos, sus puntos de vista. Ello, lógicamente en la medida en que existan gremios que sean auténticos, que no estén controla-

dos por ningún partido político ni por ninguna organización ajena al gremio mismo. En la medida que eso ocurra, realmente, yo creo que las organizaciones sociales, en general, pueden convertirse y se están convirtiendo de hecho, en vehículos sumamente aptos y eficaces para canalizar la participación social.

P.— Se formulan críticas al gremialismo, señalándose que esconde posiciones políticas muy precisadas. ¿Cuál es su opinión?

R.— No. Siempre en este país existe el prurito de querer ponerle etiqueta a las personas o desfigurar interesadamente a las corrientes o iniciativas de bien. El gremialismo representa una corriente de pensamiento que procura la despolitización de las organizaciones gremiales, en el sentido amplio de la expresión, incluyendo dentro de este concepto todas las organizaciones que agrupen a las personas en función de un trabajo común, o incluso, de vivir en vecindad. Ahora, lo importante es que estas organizaciones sean realmente autónomas, es decir, que no dependan de ningún partido político, ni mucho menos del Estado. Si dependen de los partidos estamos en la política en general de la sociedad. Y en el segundo caso, estaríamos en el totalitarismo, como ocurre en las concepciones de carácter marxista o fascista, en que los gremios son concebidos y estructurados como instrumentos del Estado. La noción del gremialismo chileno se orienta fundamentalmente a dotar a todas las organizaciones gremiales de una verdadera autonomía, para que entonces puedan realmente ser expresiones verdaderas y no tergiversadas del sector al cual agrupan y, de este modo, ser vehículos eficaces de aporte técnico a los gobernantes. Para mí la negación de un gremio o de una organización social



Entrevista: Meche Garrido  
Fotografías: Manuel Martínez

es que los dirigentes vayan al partido político del cual dependen, a preguntar lo que tienen que hacer.

Al contrario, el dirigente gremial debe ir a sus bases, debe ir al interior de su organización gremial y tratar de hacer surgir desde allí una opinión autónoma, propia. Ahí vamos a tener, en tal caso, una sociedad infinitamente más rica, desde el punto de vista de la participación social, sin palabrerías ni demagogias utópicas. Cada cual intervendrá desde el ángulo que le corresponda.

Eso tan simple pero olvidado, es el fondo del gremialismo. Yo no veo qué es lo político que escondería. Cosa muy distinta es que esta visión resulte incompatible con el marxismo, como es incompatible, con cualquier totalitarismo, con cualquier doctrina que pretenda convertir a las organizaciones gremiales en instrumentos del Estado, e igualmente con la política que pretende que los partidos políticos controlen o intervengan en las organizaciones gremiales, en sus elecciones, y en sus actividades. El gremialismo libertario del hombre y de la sociedad. Y en ese sentido, representa la antítesis de toda postura de carácter totalitaria como es la marxista.

### CHILENO

P.— Se acaba de cumplir un año de gobierno de la Junta Militar. ¿Podría hacer un breve análisis de él y destacar lo positivo y lo negativo?

R.— Bueno, yo creo que después de un año, realmente uno tiene una sensación que para mí es la síntesis de todo este año: Se nos ha devuelto el orgullo de ser chilenos. Por lo habíamos perdido por muchas razones que sería largo de enumerar. Lo cierto es que hoy nuevamente sentimos orgullo de ser chilenos. La manifestación del día 11 de septiembre es la expresión de júbilo más genuina que el país haya presenciado en mucho tiempo. Y esto, porque los chilenos se sintieron unidos en torno simplemente a la Patria, a la bandera. Allí no había ningún elemento de caos, era particular o de grupo que fuera el factor aglutinante. Lo que unía ese día a los chilenos era simplemente Chile. De ahí la alegría generalizada, sin que nadie preguntara “de dónde” era cada cual. Todos éramos simplemente chilenos.

Ahora, ¿cómo se ha logrado esto tan pronto, que en un año, un país tan profundamente dividido, y



■ “ME TOCO ver, por ejemplo, gente que se insultaba en los foros, y a la salida se abrazaban”.



■ "YO NO RECIBÍ jamás una amenaza y prácticamente nunca un insulto".

para el cual el concepto de Patria cada día se diluía más, haya recuperado esta sensación del más profundo y hondo patriotismo?

Yo creo que en una medida fundamental se debe a que tenemos un Gobierno nacional como lo expuso el General Pinochet el 11 de septiembre. Este fenómeno no se daba en plenitud virtualmente desde 1891. Realmente desde entonces hasta ahora, hubo algunos esfuerzos aislados, como el mismo Presidente señaló, por vencer todo el divisionismo que la demagogia y la politiquería habían introducido en la vida nacional. Pero estos esfuerzos aislados no pudieron tener la plenitud del éxito. Esto sólo se ha alcanzado hoy día, como consecuencia de que las FF. AA., a través de Comandantes en Jefe, hayan constituido una Junta de Gobierno que realmente encarna el supremo interés de Chile; que enfoca el futuro del país pensando en el bien de la Nación y de cada uno de los chilenos; en una tarea que es común a todos sus habitantes.

Creo que esta idea nacional del Gobierno es la más profunda, lo que tenemos que valorar dentro de este año, porque de ahí nace todo lo demás, como todo árbol crece a partir de su raíz.

**NUEVO ESPIRITU**

El general Pinochet señaló también una cosa muy importante: la condición para la existencia de un Gobierno nacional, es el espíritu de servicio público. En la medida en que los gobernantes estén inspirados por el espíritu de servicio al país, yo creo que se facilita enormemente que este espíritu se extienda a los gobernados y al país entero. De esta mentalidad, de este enfoque, sólo tienen que esperarse cosas positivas. Este es el cimiento para reconstruir el país, y para avanzar en la solución de sus distintos problemas. Por eso, si Ud. me pregunta: ¿cuáles son las cosas positivas? yo no haría una enumeración de logros específicos, sino que prefiero remitirme al espíritu que se está configurando en el país, porque esto es lo esencial. Sobre ello se pueden construir muchas cosas, pero sin ese cimiento no se puede hacer nada. Y a Chile le estaba faltando ese cimiento: un Gobierno nacional. Este supone alianzar el concepto de unidad e integración nacional; plantearse objetivos nacionales, como país, y sobre ellos movilizar a toda la ciudadanía tras la consecución de ellos, teniendo como ingrediente, como motor espiritual, la noción del espíritu de servicio público lo más encarnada posible en todos los niveles de la sociedad, y especialmente de la juventud.

Ahora, respecto de lo negativo, yo creo que no sería justo en este instante hablar de cosas negativas. Estimo que lo que hoy día se observa como negativo, es en gran parte la herencia del caos que este Gobierno recibió como legado, y el resto yo diría que corresponde a problemas que están por solucionarse, a vacíos que todavía quedan por llenar a metas aún insatisfechas. Pero creo que sería injusto a un año de la gestión de un Gobierno que ha recibido el país en las condiciones más deplorables, no sólo en el orden económico y material, sino sobre todo en el orden moral e institucional, y que, precisamente, procura construir un nuevo régimen —capaz de ser fecundo y duradero—, juzgar precisamente las deficiencias que todavía se observan.

**CINTURON**

—Ud. ¿ha tenido que "apretarse el cinturón" este año?

R.— Sí, pese a que yo en realidad he llevado siempre una vida muy modesta, y además yo no tengo familia. De manera que a mí me ha tocado mucho me-

nos que a otras personas, porque siempre me ha alcanzado con lo que he ganado, que no es mucho, pero que para una persona que vive sola, que no tiene mayores gastos, como es el caso mío, que no tiene bienes, resulta suficiente. Yo creo que mientras más cosas se tienen, más problemas se crean. Yo no tengo nada más que este departamento, porque los bienes materiales me dan más problemas que agrados. Me basta tener una casa donde vivir; un pequeño departamento y punto; es suficiente para mí.

P.— ¿Esta es la concepción que tiene Ud. en cuanto a las necesidades materiales del hombre?

R.— No diría a las necesidades del hombre, en general, sino el enfoque mío del problema. Yo creo, por ejemplo, que si yo tuviera automóvil, tendría una serie de mayores preocupaciones: el precio de la gasolina, los arreglos, el costo de las patentes, los impuestos, etc. No tengo automóvil y me evito todos esos problemas. Sobre todo, cuando uno nunca ha tenido una cosa no la echa de menos. La gente echa de menos algo cuando lo tiene y lo pierde.

Freté a este tema, hay algo que tiene tal vez un valor general...

En ese sentido, lo más importante es la escuela en que se forme a la gente en su juventud. A mí me parece que la escuela del rigor y de la disciplina, es la única que verdaderamente dota al individuo de una solidez interior que le permita enfrentar los problemas, no sólo materiales sino afectivos, y de todo orden. En realidad, a mí me causa una profunda alarma observar cómo la mayor parte de los padres de familia de hoy día tienden a olvidar estos conceptos, y piensan que a los niños simplemente hay que darles el gusto en todo, hay que hacerles la vida "lo más agradable que se pueda", y no hay que exigirles nada. Así se va creando —con mucha facilidad— el concepto de que la felicidad es la razón última que justifica la existencia de una persona, y que en nombre de la felicidad, o para conseguirla, todo es legítimo. Yo considero que el fin del ser humano es cumplir con el deber, con

estricta sujeción a las normas morales que el deber entraña, y si para esto es necesario sacrificar una cuota, o incluso toda la felicidad en esta vida, hay que haberlo y asumirlo. De manera que es legítimo luchar por la propia felicidad, pero con un límite que ello no se traduzca en una trasgresión del deber o de la moral. Ahí está el límite. Si para ser más feliz, tengo que abandonar el deber o transgredir la moral, debo renunciar a esa cuota mayor de felicidad. Esta noción central, que supone toda una escuela de formación moral, es lo que yo creo que está hoy desgraciadamente en crisis, no sólo en Chile sino en el mundo entero, y de ahí vienen muchos de los males que nos ha tocado vivir en los últimos tiempos. Sólo esa escuela del rigor y del deber hace desprenderse de los bienes materiales y no entender la vida como una búsqueda de mayores comodidades, o de mayores éxitos para uno, sino como una tarea de servicio en el cumplimiento de una misión.

**SACRIFICIO**

P.— Ud. estima que los chilenos han hecho un gran sacrificio económico en el curso del año?

R.— Sí. Yo creo que ha sido un sacrificio económico fuerte, porque ha habido que retornar el poder adquisitivo de los ciudadanos a lo que permite —en forma realista— la economía chilena. De manera que evidentemente ha habido un sacrificio, sacrificio que era indispensable porque la UP destruyó al país, la empobreció, y cuando se empobreció a un país, eso se traduce en que se empobrecen sus habitantes. Aunque esto es evidente y obvio algunos chilenos tienden a veces a olvidarlo. Todos reconocen que la UP destruyó y empobreció al país, pero se resisten a aceptar que ese empobrecimiento del país se refleja en un empobrecimiento de cada uno de los chilenos. Ahora las cosas valen más y los salarios no han subido en la proporción en que han subido los precios. En eso consiste empobrecerse, y esa es la trágica realidad que se deriva de la gestión de 3 años de Gobierno marxista. Hay gente que dice: Bueno, aquí tenemos

precios internacionales, y no tenemos salarios internacionales. Las cosas valen lo mismo que en EE. UU., pero la gente gana mucho menos. Eso es evidente, porque somos más pobres que en ese país. Si aquí ganáramos lo mismo que en EE. UU. y las cosas costaran lo mismo, tendríamos el nivel de vida de los norteamericanos, y ocurre que somos un país harto más pobre.

**CONSTITUCION**

P.— Ud. forma parte de la comisión que redacta la nueva Constitución Política ¿Cuál ha sido su participación en ella?

R.— La de un miembro más de una Comisión de ocho personas. Trabajamos con bastante intensidad y esfuerzo en ir preparando y elaborando un anteproyecto de una nueva Constitución, con todas las dificultades que encierra una tarea que realmente debe ser creadora, porque la democracia en el mundo está atravesando por una crisis muy profunda. Yo creo que desconocerlo sería una gran ceguera de parte de los que creemos en los valores más profundos que encierra un régimen de libertad. Esa crisis es la que ha llevado a que en la mayoría de los países de América latina, existan regímenes de carácter institucionalmente militar en que las Fuerzas Armadas han debido asumir el poder. Esto se ha producido como una necesidad frente al vacío institucional y político que ha dejado la crisis de una democracia, cuyas fórmulas tradicionales han sido superadas por las nuevas circunstancias históricas. Por otro lado, la crisis de la democracia europea está a la vista, en la campaña parlamentaria que se avecina en Inglaterra en octubre próximo, los tres partidos políticos que contienden en ella, han coincidido en que la democracia inglesa está atravesando por una crisis realmente seria. Y eso para no hablar de Italia y otros países francamente convulsionados, de lo cual no se salvan ni los Estados Unidos.

De manera que la crisis del mundo occidental es general. Está frente al desafío de encontrar fórmulas institucionales capaces de afrontar los problemas que la época contemporánea está planteando, desde una perspectiva de unidad nacional y de eficacia práctica.

**PENETRACION**

P.— En el exterior se ha montado una campaña de desprestigio contra el actual Gobierno. Llama la atención que participen gobiernos socialdemócratas, como es el caso de Suecia. ¿Qué opinión tiene de los gobiernos socialdemócratas?

R.— Creo que son una expresión acentuada de estas crisis de las democracias que estamos hablando. Uno de los signos de esta crisis, es la penetración

que la doctrina marxista ha hecho de los sectores que se dicen democráticos y que se consideran no marxistas, e incluso de muchos sectores que se dicen cristianos. El comunismo aprovecha la política internacional de la distensión. Durante mucho tiempo a mí me tocó escuchar en Chile —de parte de sectores democráticos— la insensatez de que no había que ser antimarxista, porque ser "anti" era negativo. Esto es lo mismo que sostener que no hay que ser anti-robos, o anti-drogadictos, porque eso sería negativo. Absurdo. Lo negativo es ser ladrón o drogadicto. No, ser antiladrón o antidrogadicto. Esto último es profundamente positivo, porque supone negar el error, el mal, negar una negación. Es el comunismo lo que es negativo, y por lo tanto, ser anticomunista, combatir frontalmente el comunismo, es precisamente proclamar positivamente la adhesión a los principios que arrancan de la concepción cristiana y libertaria del hombre y de la sociedad, en la cual nuestra Nación nació. De manera que ser anticomunista es ser defensor de Chile, su espíritu y su libertad. Las democracias europeas están pasando por la misma etapa que vivimos nosotros, cuando se estudiaba el marxismo como un "fenómeno muy interesante" cuando se rechazaba el antimarxismo como una "cosa cavernaria". En realidad, ellos van de ida y nosotros venimos de vuelta.

Realmente nosotros recorrimos el mismo camino por el cual van ellos, pero nosotros sabemos que termina en un precipicio.

P.— Ud. es católico. ¿A su juicio, cuál debe ser el papel de la Iglesia?

R.— Yo creo que el papel de la Iglesia en cualquier país es el de ser un testimonio insobornable de la verdad, y esa verdad se encuentra en la palabra de Cristo. Yo creo que la crisis de la Iglesia no es algo propio de Chile, sino que tiene carácter universal. Hay una crisis de fe. La Iglesia tiene una misión muy clara, que es enseñar la verdad. No lo señalo yo, sino que lo dijo Cristo, precisamente al despedirse de sus apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones". Lo que tiene que hacer la Iglesia es enseñar la verdad; enseñar el camino de la salvación; señalar primero aquello en lo cual se debe creer, que es la fe, y enseguida aquello que se debe practicar, las normas de la conducta que conducen al hombre a la perfección, que conforman la moral. De la fe debe nacer el amor, pero el amor en todo su significado profundo, como amor a Dios, en primer lugar, y al prójimo por amor de Dios. El simple amor al prójimo desgajado del amor a Dios pierde todo su sentido profundo. Por otra parte, el amor a Dios no se refle-

ja en amor al prójimo, también es simplemente una falsedad.

Esta concepción marca todo el carácter recio, exigente, duro, que tiene la religión. El signo de la religión es la Cruz. Proclamarlo sin debilidades, es el papel de la Iglesia. Es un papel demasiado importante para que su jerarquía lo abandone, ya sea en el deseo demagógico o fácil de ganar adeptos transigiendo en la verdad, o ya sea en algo todavía más lamentable, como podría ser el deseo de convertirse en un instrumento de influencia política para cualquier lado. La Iglesia tiene un papel mucho más elevado. Yo creo que los fieles católicos hoy día están siendo confundidos por quienes debieran ser sus guías, confundidos porque no se les enseña la doctrina en la forma suficientemente sólida; confundidos porque se les está llevando a una concepción blandengue, fofa, de la religión, que es la negación de Cristo, y la negación del Evangelio.

No quisiera que estas palabras se tomaran como una crítica irreverente a la jerarquía eclesial, a la cual yo obedezco como católico dentro del marco de su competencia, sino más bien como la manifestación de la angustia que expresa un católico, al no ver como quisiera, en manos de sus pastores, una luz clara para seguir. Nuestra jerarquía debe sentir que hay una sensación de orfandad dentro del pueblo católico, que quisiera ser bien conducido y que a veces no tiene los guías que cumplan adecuadamente su misión.

**ALESSANDRI**

P.— Veo una fotografía de don Jorge Alessandri en su escritorio. Se dice que Ud. es un gran admirador de él.

R.— Efectivamente. Desde 1970 me ligo con él una profunda amistad, habiendo pasado junto a él las tardes más interesantes de mi vida, ya que su conversación significa penetrar en la historia de los últimos 50 años de historia de Chile a través de un protagonista y testigo directo e inmediato. Además de tenerle un profundo afecto, siento por él una enorme admiración, porque para mí es la encarnación de la rectitud, grandeza de alma e integridad en los principios, que debe caracterizar a un hombre público. Es tal vez un caso único en el siglo: un hombre que fue Presidente de la República, y estuvo a punto de serlo por segunda vez, sin haber jamás buscado el poder e incluso habiéndolo rehuido. Su figura es un ejemplo para las generaciones jóvenes, y por eso el afecto y respeto sin fronteras de que disfruta es el premio merecido que ya en vida le confiere la intuición de un pueblo entero. Sus únicos enemigos son los políticos, y a honor lo tiene.



■ "EN ESTE año se nos ha devuelto el orgullo de ser chilenos. Esto lo habíamos perdido por muchas razones que sería largo enumerar".